

Ludolfo Paramio. *La socialdemocracia*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Ludolfo Paramio explica, con claridad y palabras sencillas, por qué la socialdemocracia ha entrado en una crisis que la obliga a replantearse como propuesta política y económica. Para ello, empieza por el origen de la socialdemocracia como propuesta de gobierno. Resalta la tradicional característica de ser un sinónimo de socialismo democrático que busca la igualdad en condiciones de libertad. El origen de los partidos socialdemócratas se puede ubicar en la mitad del siglo XIX, en la industrialización generada por el capitalismo que llevó a la formación de lo que se denomina hasta la actualidad como la clase trabajadora o proletariado.

La clase obrera se desarrollaba, según Paramio, como una “contrasociedad”, que afrontaba los problemas salariales y la ausencia de medios alternativos para ganarse la vida. Ante situaciones de necesidad, como las enfermedades y la muerte, los trabajadores se agruparon en asociaciones de ayuda y en sindicatos. Estos últimos serán los que asuman la tarea de las asociaciones de ayuda, pues ofrecían más incentivos a los trabajadores para su afiliación. De este modo, los sindicatos incluyen nuevos servicios, como deporte y educación, a los que podían acceder las familias obreras y que no recibían del Estado. Así, se genera una identidad de clase, que será la raíz de todos los partidos obreros, que reclaman no solo una democracia política, sino también una que incluya igualdad social, una igualdad de derechos sociales para todos.

En lo que se refiere a gobierno, el autor afirma que los partidos socialdemócratas tendrían que alcanzar la mayoría de edad cuando no estaban aún preparados para ello. Señala que los socialdemócratas consideraban que la tarea de gobernar no les correspondía, habiendo demostrado su impotencia y debilidad política en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, las crisis de las democracias liberales frente al ascenso del fascismo y la crisis económica de 1929 serían los golpes sucesivos que obligarían a los partidos socialdemócratas a definir agendas de gobierno, no solo para los trabajadores, sino también para toda la sociedad.

Posteriormente, después de la Segunda Guerra Mundial, la llegada del laborismo al poder en Inglaterra se explica, dice Paramio, por el deseo lógico de los que habían combatido y soportado el asedio,

de construir un país solidario en la paz, tal como ocurrió en la guerra. Las políticas de nacionalizaciones fueron medidas normales en ese entonces, en especial sobre la industria pesada y estratégica, con el objetivo de racionalizarla y modernizarla. En el ámbito de los derechos sociales, llegaría su reconocimiento mediante el Estado de bienestar: la educación y la sanidad universales y las pensiones de jubilación. La meta era compensar las divisiones de clase creando mínimas condiciones de igualdad entre todos los ciudadanos. Es importante resaltar que si las ideas keynesianas solamente habían sido aplicadas y aceptadas con éxito antes de la segunda guerra en el gobierno socialdemócrata sueco y de alguna manera con el New Deal en Estados Unidos, la guerra convirtió en keynesianos a todos los gobiernos. Por ello, las nacionalizaciones y la creación de empresas públicas se volvieron formas legítimas de los gobiernos para afrontar la reconstrucción y en esta lógica también la de asumir los derechos sociales universales.

Las políticas keynesianas traerían como consecuencia un círculo virtuoso que se estableció entre el modelo de sociedad de bienestar y la nueva forma de producción masiva de bienes de consumo, lo que se conoció como “fordismo”: una regulación que impulsaba la producción en masa de bienes de consumo que para todas las mayorías sociales sería posible adquirir. Obviamente, hay que indicarlo junto con el autor, esto estaba acompañado de precios bajos y disponibilidad de créditos de consumo, porque la creación del Estado de bienestar contribuyó al incremento del poder adquisitivo de las mayorías al encargarse el Estado de la educación y la atención sanitaria.

Sin embargo, este auge no sería eterno. En la década de 1970 aparecería la llamada “estanflación”, de la que no se pudo salir con la aplicación de fórmulas keynesianas. Además, se sumó el alza del precio del petróleo en 1973 por la guerra de Yom Kipur. Asimismo, el impacto de la globalización, que generó la migración de empresas a países con costes más baratos para la producción, y otro elemento no económico, pero sí decisivo sería un cambio de valores entre las clases medias y las élites europeas.

Todo ello arrojaría un resultado negativo para la socialdemocracia y dejaría espacio para el nacimiento de lo que Paramio denominaría el ciclo neoconservador. Según el autor, el ciclo neoconservador es producto de dos cuestiones distintas. “La primera es la dinámica económica, social y política que puso a la defensiva a las ideas socialde-

mócratas y su modelo de sociedad. La segunda es el papel que en este ciclo ha tenido el fortalecimiento del sector financiero en la economía, frente al anterior protagonismo de la industria”. Las políticas keynesianas llevaron a entrar en ciclos económicos sucesivos y cada vez más cortos a los gobiernos socialdemócratas. En 1978, en Inglaterra, las huelgas eran constantes e hicieron insoportable la vida cotidiana, lo que contribuyó a que en 1979 Margaret Thatcher gane las elecciones del partido conservador. Como se sabe, Thatcher promovería el libre mercado y el espíritu empresarial en contraposición con una cultura de dependencia fomentada por el Estado de bienestar. Sin embargo, según Paramio, Thatcher ganó las elecciones por ofrecer un mensaje de restablecimiento del orden y una llamada a la esperanza frente al “sentimiento de desamparo de que una gran nación se había quedado atrás”. En Estados Unidos algo muy similar ocurrió con Ronald Reagan y la llamada a un nuevo optimismo con su “Amanece en América”.

En el campo de las ideas económicas se produjo un gran cambio desde lo que había propuesto la socialdemocracia, pasando del keynesianismo de la posguerra al nuevo “monetarismo” de Friedman y al fundamentalismo del mercado de F. A. Hayek. Según el autor, este nuevo paradigma frente al keynesianismo fracasado se tradujo en ideas dominantes a favor del monetarismo y de lo que ahora se denomina neoliberalismo. Pero el remate para la socialdemocracia sería la caída de la Unión Soviética y la adopción por Rusia de un programa de privatizaciones y de lo que el autor denomina como “una terapia de choque para la introducción del capitalismo”.

Sin embargo, el problema de este nuevo modelo sería el desajuste entre la realidad y la teoría, pues, según Paramio, los bancos privilegiarían el crédito a favor de empresas con las que mantenían vínculos preferenciales y esto terminaría produciendo burbujas de activos y no una mayor y real disponibilidad de créditos. Para Paramio, este sería el origen de la denominada crisis asiática de 1997. Señala también que el principal efecto de la liberalización de los movimientos de capital sería la preponderancia que los mercados empezarían a tener sobre la política económica de los gobiernos.

Para los socialdemócratas este nuevo contexto de globalización financiera les traería problemas en la aplicación de sus políticas económicas y sociales, toda vez que la medida tradicional de recurrir al gasto para activar la economía había dejado de funcionar en el contexto de economías abiertas y de competencia global. Pero, además, en este

escenario la inversión pública está condicionada por las restricciones fiscales, toda vez que elevar los impuestos podía desincentivar la inversión y disminuir el gasto privado, y también generar la huida de inversiones hacia países con impuestos menores y salarios más bajos. Este nuevo contexto, según Paramio, ha generado un problema de identidad para la socialdemocracia: su imagen “ideológica” se ha desdibujado. Sin embargo, para él, el nuevo modelo (neoliberal) no ha evitado la crisis. Afirma: “Si no consideramos relevantes la crisis asiática de 1997 o el estancamiento de los años 1998-2002, la crisis sistémica iniciada en 2007 supone la mejor demostración de que las crisis siguen siendo parte del funcionamiento de la economía (capitalista) global. Es más, la actual crisis parece un ejemplo excepcionalmente claro de las debilidades del ‘modelo neoliberal’”.

Para Paramio, esta crisis global financiera hace evidente la necesidad de intervenir regulando los mercados financieros, especialmente para evitar la aparición de una “banca en la sombra”, basada en nuevos productos financieros que escapan a la regulación de la banca tradicional, concluyendo en que es necesario que el Estado reaparezca, a fin de recuperar el protagonismo regulador para impedir futuras nuevas crisis ocasionadas por la creencia (ideológica) en los mercados autorregulados o desregulados. Asimismo, la intervención gubernamental no debe radicar solo en el aumento de los salarios, sino también en el mejoramiento de la cualificación de los trabajadores, según las exigencias de la nueva economía, haciendo énfasis en lo versátil que debería ser la formación de los trabajadores, permitiendo una mejor adaptación ante los cambios de sector o de rama que ocurren en los sectores empresariales y en el mercado de trabajo. En resumen, concluye que no es suficiente aumentar el poder adquisitivo de los salarios, situación que en un momento se logró con el Estado de bienestar. Es necesario también mejorar y ampliar el “salario indirecto”, tarea que le corresponde al sector público.

Finalmente, Paramio se refiere a una crisis de credibilidad por la que pasan los partidos socialdemócratas, así como al escaso interés de los jóvenes por participar en política, causado por la trivialización generada por los medios de comunicación. A ello le suma la adaptación a nuevas reglas globales en las que los partidos clásicos encuentran un problema para convencer a las mayorías. Sin embargo, afirma que el primer problema actual que atraviesa la socialdemocracia es reconstruir la coalición que existió después de la segunda guerra entre

los trabajadores y las clases medias, incluidos en estas los trabajadores de los servicios.

Para lograrla hay, actualmente, factores positivos como el estancamiento de los salarios, que conlleva a que las clases medias utilicen más servicios públicos, porque una vez que los costos sean inasequibles después del efecto ilusorio producido por la burbuja de activos, el sector privado no podrá atender la demanda de estos servicios. El otro factor es que los servicios privados, especialmente en sanidad, no ofrecen una mejor calidad en comparación con los públicos, por razones de cualificación, dedicación y dotación tecnológica. Sin embargo, en esta parte vale aclarar que el autor es español y su obra se enfoca en la coyuntura política, económica y social europea.

En relación con los obstáculos que la socialdemocracia encuentra para la coalición que presenta como solución, Paramio asegura que el primero es el prejuicio formado sobre el despilfarro que realizan los gobiernos socialdemócratas del dinero público, un cliché que para el autor tiene más fuerza en las clases medias y conlleva a que no se quiera pagar impuestos para mantener o mejorar los servicios públicos. El segundo obstáculo son las limitaciones de estos, tanto desde el punto de vista de su imagen (por ejemplo, instalaciones anticuadas) como desde la masificación. El tercero es el que se refiere a la autopercepción social de los usuarios de los sistemas públicos: las personas que acceden a los servicios brindados por estos lo asumen como una pérdida de posición social.

Todo lo anterior lleva a que el autor señale que una condición para el regreso a una coalición socialdemócrata mayoritaria es un nuevo discurso que gane la confianza de las clase medias y revalorice el valor de lo público frente a su degradación durante el ciclo conservador. Sin embargo, la aparición de lo que se ha descrito como “derecha rabiosa”, con el respaldo de varios medios de comunicación que pretenden imponer sus preferencias y su agenda política, hace mucho más difícil el camino para llegar a un consenso sobre mejoras políticas ante la crisis y sus secuelas. Todo esto no significa que el conservadurismo es el gran culpable de la crisis de la socialdemocracia, pero Paramio sí reconoce la existencia de una crisis de liderazgo en la socialdemocracia europea que tiene que ser superada para aprovechar la presencia de Obama en Estados Unidos. Pero como él afirma: esa es otra historia.

Eduardo Rezkalah Accinelli